

# El ogro oculto debajo de la piel del guerrero

Mauricio Arley Fonseca

172

Dzonokwa y Qi-yo Ke-pe van hacia el río. En su mano derecha lleva el arpón que le regaló Hagwelawrh del clan klatskanie. Algo dentro de sí aletea como ave nocturna y siente que sus pies se transforman en grandes garras de oso; el recuerdo de su padre lo acompaña junto con las enseñanzas sagradas en el interior de la montaña, allá donde solo ellos dos convivían con las voces de los lejanos espíritus de humo. Con estos tormentosos pensamientos, Dzonokwa sale en busca de la pesca, aunque muy agotado.

En el extremo del río, ya no se ve ningún hombre bestia con su pierna punzante. Dzonokwa se detiene un instante, tal vez lo haya imaginado todo: será su huida quizá, la muerte de su padre, la incertidumbre del destino de su amada Kominaga..., pareciera que esas imágenes son parte de su imaginación. Mira a Qi-yo Ke-pe, tan pequeña e inocente, pero tan volátil en ilusiones, tan absorta de lo que ocurre, en búsqueda de la cueva de la Gran Serpiente, allá en las sementeras del sur, donde se renovará su espíritu quebrantado, pero soportado por las palabras de Kominaga:

—Mi búfalo fiero, un día llegarás a beber en las aguas del inframundo, donde yo estaré nadando y con mi imagen en el agua me recordarás.

Numay le narró a Kominaga la existencia de la cueva, y la bella coola creyó fielmente en esas palabras, y luego él, Dzonokwa, creyó también, aunque su precio fue mayor: dejó morir a su amada por creer en las palabras de la sabia anciana; ahora se pregunta: ¿acaso existirá ese lugar en el sur?

Desvía su mirada perdida hacia las aguas, donde se mueve el reflejo de la bestia con la perna punzante, como si quisiera emerger de las profundidades; quizá todo fue una ilusión.

La voz de su padre lo despierta de su marasmo:

—Reconócete a ti mismo, toca la cicatriz en forma de óvalo, del hombro izquierdo.

Estas palabras transportaron al kwakiutl hacia la infancia en Nutlitliquotlank: juega con los otros niños; crece y ayuda a cargar los canastos de los pescadores; practica rituales en el interior de la montaña; caza salmones; come pato relleno durante su boda.

En las profundidades del kwakiutl se agitan las alas de la gran ave negra y la fuerza del oso: los espíritus guardianes heredados por su padre. Y con el fuerte agitar alado, regresa para escuchar el paso de la corriente a lo largo de uno de los brazos inferiores del Fraser, donde brincan los salmones con el abdomen rojizo. Dzonokwa los contempla, está muy cansado; los salmones son muy rápidos, fuertes, aunque vayan contra corriente. La ventisca, que se mueve a lo largo del río, golpea fuertemente al agotado guerrero, cuyas piernas apenas logran mantenerse algo firmes. El agua está fría; en el cauce superior del río se aprecian, muy en el fondo, las montañas vestidas de blanco.

El kwakiutl vuelve sus ojos a las aguas, estira su arpón, espera el paso de un torso rojizo que le permita dictar sentencia; sostiene su arpón entre el batallar insaciable de los vientos y la lluvia de rayos dorados que colisionan en el interior del kwakiutl, hasta que finalmente este baja con furia su arpón y ensarta el abdomen

de un salmón; lanza la red para capturarlo. El búfalo chapotea impetuosamente con sus peludas patas, forma ondas profundas de agua sobre el brazo del Fraser, y llega finalmente donde su presa, que se agita impotente; la toma con sus largas manos y lanza sus primeros mordiscos, saborea el pez que aún se mueve y cuya sangre se derrama entre los gruesos labios, mientras los ojos de Dzonokwa giran desorbitados. Nunca antes había comido un salmón crudo. Una voz angustiosa grita a sus oídos:

—Los espíritus que habitan los alrededores de las aguas penetrarán tu cuerpo a través de la fría sangre.

Pero, ese designio no importa ahora en la mente del kwa-kiutl, quien pronto finaliza su festín, bañado por la sangre del salmón. Minutos después se lava manos y cara para quitarse la sangre y busca otros salmones; su cuerpo ahora tiene mayor vitalidad, los ojos se encienden con un tono rojizo que inunda las pupilas desde los bordes hasta el fondo de las cuencas; se desplaza bravíamente a lo largo de las aguas, pero no se percata de que una extraña figura empieza a reflejarse en el agua, lo sigue de cerca, tiene una boca grande y abierta, siempre detrás de él, está desnuda y su cuerpo casi totalmente tatuado con tonos negros. El guerrero lanza su arpón y luego la red, mientras que la bestia pintada lo sigue sigilosamente.

Parecía el mediodía. La pequeña Qi-yo Ke-pe está en la orilla del río, arranca los pétalos de unas flores que Dzonokwa encontró en el camino y los lanza al cauce, y a cada intento, emite un sonido: «¡Toh!». El búfalo se dirige a ella, carga con dos salmones sobre su lomo, y el cisne, al ver estos peces, aún revoloteando y casi del tamaño de ella, sonríe, mueve sus manos y las coloca sobre su boca.

Transcurre, en el campo abierto, una impaciente hora hasta que los salmones ya están dorados en la fogata, acompañados por tubérculos. El guerrero sienta a su lado a la pequeña, quien mira cómo el búfalo toma el pescado, desprende pequeños trozos y los

come; el cisne intenta hacer lo mismo, pero aleja sus dedos al sentir la carne caliente, entonces su padre levanta el pescado en lo alto para que reciba la fría brisa, lo mueve mientras que Qi-yo Ke-pe brinca para alcanzar su comida; el guerrero ríe al ver a su pequeña en este juego; todo lo acabaron, y pronto el cisne descansa en el canasto que sirve de cama.

El kwakiutl luce agotado, se recuesta a un árbol, escucha el sonido de las aguas del río y el golpe constante del abdomen de cada salmón. Atardece y la brisa es más fría; toma la piel de oso, acerca a la pequeña Qi-yo Ke-pe y ambos se cubren con el cuero del animal. El sonido del río adormece rápidamente a Dzonokwa; sus cuencas oculares empiezan a moverse.

Una sombra transita detrás del árbol donde descansa Dzonokwa; el guerrero lanza su mirada, pero no hay nadie. Ve sus propias manos, dentro de las uñas aún conserva sangre de salmón, emite un sonido carraspeado y cierra los ojos. La brisa fría y el sonido del río pronto adormecen todo lo que hay alrededor, excepto una sombra...

El guerrero del sueño se encuentra en medio de un oscuro bosque; muchas sombras se mueven entre los árboles y vuelan. Un ave negra se posa sobre una de las ramas, mira al guerrero y emite un canto profundo, cual si estuviera en el interior de una cueva y deseara volar para escapar. Dzonokwa se tapa los oídos con sus manos: es intenso el sonido de la bestia, retumba, lo hace caer de rodillas, su frente toca el suelo, y poco después desaparece el sonido, así como la gran ave. El guerrero extiende sus manos, las siente pesadas, sus dedos se han alargado, se transformaron en garras. Dzonokwa corre y llega al árbol donde se posó el ave, observa que entre una de las ramas y el tronco cuelga una telaraña, que ha absorbido muchas gotas de agua, forman un espejo sobre esta red, que al guerrero le permiten apreciar unos gruesos labios cubiertos

por la sangre del salmón derramado al atardecer. El viento agita la red, Dzonokwa aprecia más nítidamente la imagen: es un cuerpo desnudo, un ogro completamente tatuado con figuras tribales, pequeñas caras exhiben sus dientes y están inscritas en: rodillas, glúteos, abdomen y hombros; en brazos y torso figuran curvas, mientras que las piernas se componen de formas rectangulares; todo está pintado con tintas oscuras. El ogro carga en su espalda un pequeño ogro, resguardado dentro de un canasto. Ambos recorren los bordes costeros. A lo lejos se escuchan cánticos de pobladores que entonan la música protectora contra el ataque del ogro, y así este se conforma con la carne de los salmones capturados en la costa. Si los pobladores no cantan, el ogro recordará su canibalismo y pronto las aldeas cercanas serían exterminadas; solo si los aldeanos recuerdan los cánticos, salvarán sus vidas.

176

Un ave se posa sobre el árbol donde descansa Dzonokwa, canta por varios segundos hasta que el kwakiutl despierta sudando y rápidamente mira sus manos; fue una pesadilla. El olor a sangre de salmón mana de su boca. Transcurren las horas y cada vez está más seguro de que debe seguir su camino hacia la cueva de la Gran Serpiente. Sin Qi-yo Ke-pe no será posible salvar las vidas que ya dejaron de existir; el pequeño cisne recordará los ancestrales cánticos y con estos renacerán nuevas tribus, pero ambos deben llegar a la cueva de la Gran Serpiente para invocar esas voces.

### **Mauricio Arley Fonseca**

Costa Rica, en 1979. Nació en Barrio San Juan de Limón, pueblo caribeño. Trabaja como profesor de literatura en la Universidad de Costa Rica y psicoanaliza en su consultorio privado.